

contra Persia. Artajerjes II intentó nuevamente sojuzgar á los rebeldes en el Asia Menor, en Siria y en Egipto, mientras Tachos, Faraon en aquel tiempo, tomaba á su servicio algunos mercenarios griegos mandados por Agesilao y por el ateniense Cabrias. Mas apenas hubo salido á campaña el monarca egipcio sublevóse contra él su propio primo Nectanebo, en pro del cual se declaró Agesilao; Tachos no tuvo entonces mas remedio que solicitar un asilo del rey persa, en cuya corte falleció despues. Alzóse entretanto en Egipto un nuevo pretendiente llamado Mendésier, descendiente quizás de la dinastía de Hakoris, pero fué vencido por Nectanebo con el auxilio de Agesilao. Nectanebo II (Nechtnebef) reinó en Egipto por espacio de diez y ocho años (360-343) y mandó construir no pocos monumentos, atribuyéndosele en primer término la construccion de un magnífico templo de Isis en la isla de Filé, «en la primera catarata» (1). Con ayuda de los excelentes caudillos griegos que tomó á sueldo pudo resistir con éxito los repetidos ataques del rey persa. El orador ateniense Isócrates decia en 346 en una memoria dirigida á Filipo de Macedonia pidiéndole que comenzara la lucha contra Persia: «Antes podia abrigarse de continuo el cuidado de que el gran rey sojuzgara nuevamente á Egipto, pero ahora él mismo ha destruido ese temor, pues que cuando atacó á Egipto con un ejército tan grande como él solo puede reunirlo, no solamente tuvo que volverse derrotado, sino que se puso en ridículo y demostró que no merece ser rey ni conducir un ejército.» A pesar de esto, la catástrofe de Egipto era inminente: en uno de los siguientes años el rey Artajerjes con un poderoso ejército, reforzado por mercenarios griegos y por contingentes de Tebas y de Argos, se dirigió contra Fenicia y despues de haberse apoderado de Sidon, ayudado de la traicion del rey sidonio Tennes y del jefe de mercenarios griegos Mentor, y de haber hecho en ella un horrible escarmiento, marchó contra Egipto. Nectanebo disponia de un ejército numeroso — 20,000 mercenarios griegos, otros tantos libios y 60,000 egipcios de la casta de guerreros, — el país estaba perfectamente preparado para la defensa y las desembarcadas del Nilo, especialmente las pelusias, habian sido debidamente fortificadas, pero el monarca era completamente incapaz. Ciegamente confiado en sus anteriores victorias, que en realidad debia á los generales griegos, quiso entonces encargarse personalmente del mando en jefe y dirigió la defensa sin prudencia alguna. Cuando las tropas argivas, tras rudas luchas, atravesaron el brazo del Nilo pelusio, retiróse cobardemente á Menfis; los demás combates, que, en su mayor parte, se trabaron entre los griegos de ambos bandos, terminaron con la victoria de los persas; Mentor, que á la sazón mandaba una parte del ejército persa, supo introducir la discordia y la traicion en el campo enemigo, asegurando el perdón á cuantos de éste desertaran. Conquistadas Pelusium y Bubastis, rindiéronse una tras otra las demás ciudades. Nectanebo, falto de valor para sostenerse en Menfis y para acabar con honra la lucha, huyó con sus tesoros á Etiopía. La posterior leyenda egipcia, tal como la vemos en la novela de Alejandro del pseudo Calístenes, dice de él que fué un gran hechicero y que al saber por medio de sus artes que los dioses entregaban el Egipto á los extranjeros, se refugió en Macedonia, donde bajo la forma de Amon tuvo de Olimpia á Alejandro.

De este modo cayó nuevamente el Egipto bajo el poder persa (342 ó quizás antes); Artajerjes III, déspota sombrío y sediento de sangre, aplicó al país un terrible castigo: las murallas de las ciudades fueron arrasadas, saqueados los templos y robados sus tesoros, entre ellos muchas escrituras sagradas

(1) Segun un descubrimiento hecho por Maspero parece que tambien hizo allí algunas construcciones Amasis: (*Revista Egipcia*, 1885, 13).

que posteriormente fueron restituidas á los egipcios á cambio de una fuerte suma por cierto visir de Artajerjes, el eunuco Bagoas, egipcio de nacimiento. Tambien fueron muertos ó sacrificados por aquel soberano un buey Apis y un macho cabrío sagrado de Mendes. Por esta razon no encontramos en los monumentos ni el nombre de este rey ni el de su sucesor.

Fáltanos solo echar una ojeada sobre las relaciones en que vivieron griegos y egipcios, relaciones que habian ido en constante aumento durante los dos últimos siglos. En los tiempos del levantamiento contra Persia, el Egipto estaba exclusivamente bajo la influencia de los griegos, no solo políticamente sino tambien desde el punto de vista comercial. El trato intelectual de los helenos con los egipcios era cada vez mas animado, y cada día se sentia mas la necesidad de conocer exactamente aquel admirable país, con su historia primitiva que tanto habia impuesto á Solon. Viajeros exploradores encaminábase á Egipto y luego escribian lo que allí habian visto: esto hicieron en 510 Hecateo de Mileto; en 435 Herodoto de Halicarnaso y por el mismo tiempo Helánico de Mitilene. Ya Thales procuró resolver el problema de las causas que producian las inundaciones del Nilo, que un siglo despues resolvió Anaxágoras, por mas que su explicacion fué durante mucho tiempo combatida y aunque no faltaron autores, Herodoto entre ellos, que atribuyesen tal fenómeno á causas maravillosas. Intentóse asimismo obtener de los egipcios, que hacia mucho tiempo sabian lo que de remotos tiempos se referia, la explicacion de las enigmáticas leyendas griegas. En algunos autores la turbia mirada que habian arrojado sobre la historia y civilizacion egipcias habia producido una verdadera revolucion, tanto mas cuanto que miraban con escepticismo la propia tradicion griega. Así, por ejemplo, Herodoto (2) creyó contar con fundamentos bastantes para hacer derivar de Egipto la cultura y la religion griegas. Algo parecido ha sucedido en los tiempos modernos á mas de un explorador cuando comenzó á desgarrarse el velo que envolvía al Egipto sin que por esto se tuviera un completo y claro conocimiento de la materia. No faltó tampoco quien tratara de aprovecharse de la ciencia de los egipcios; Pitágoras estudió con los sacerdotes egipcios y es indudable que Demócrito, Platon y Eudoxio visitaron á Egipto para aumentar el tesoro de sus ideas y de su ciencia y el último especialmente para aprender los conocimientos matemáticos y astronómicos tan generalizados en el país de los Faraones. Algunos maestros de estas ciencias y de la medicina salieron de Egipto y se establecieron en Grecia, ejerciendo saludable influencia — entre otros sobre Platon — el conocimiento de una civilizacion extranjera y antiquísima. La filosofía griega, sin embargo, nada podia aprender y nada aprendió realmente en Egipto. De todos modos, la gran masa de los griegos tuvo siempre una idea algo oscura de la sabiduría de los egipcios, basada en parte en la revelacion y en parte en pensamientos profundos, por mas que algunos manifestaran con energía que toda esta sabiduría no era mas que palabrería hueca y vagos entretenimientos de la fantasía.

CAPITULO VII

MACEDONIOS Y ROMANOS

Artajerjes III, por medio de la astucia y de la violencia y derramando rios de sangre, habia conseguido restablecer el imperio de los Aqueménides, sojuzgando primero á Fenicia, luego á Egipto y finalmente toda el Asia Menor occidental. Vencida toda resistencia, parecia sonreír al imperio persa un nuevo esplendoroso porvenir; mas no fué así: Artajerjes fué

(2) No hay que olvidar que Herodoto nunca conoció el idioma egipcio.

asesinado en 338 por su omnipotente ministro Bagoas, el cual, segun se dice, como piadoso egipcio que era, no podia perdonar á su señor el furor con que habia tratado á los dioses del valle del Nilo. Cuatro años despues, en la primavera del año 334, Alejandro de Macedonia pasó el Helesponto para comenzar la conquista del mundo.

No nos es dado seguir al gran monarca en todas sus expediciones de guerra: solo una vez pisó el Egipto y fué en el invierno de 332 á 331, rindiéndosele sin resistencia todo el país y la cobarde guarnicion persa; pero su permanencia en este territorio señala el punto culminante de su gloriosa carrera. Resuelto á no contentarse con la mitad occidental del imperio persa, que, bañada por doquier por el Mediterráneo y abierta desde hacia mucho tiempo por todos lados á la civilizacion y á la influencia griegas, sin grandes dificultades podia constituir con Grecia y Macedonia un solo Estado, avanzó hácia Babilonia y Persépolis, hácia la India y hácia el fin del mundo. Sin embargo, pronto comprendió que con este procedimiento se desquiciaban los fundamentos de su poderío y que era necesario atraer á los asiáticos apelando á un sistema distinto del hasta entonces seguido. Comenzó, pues, Alejandro por confiar la administracion civil de Egipto, no á macedonios, sino á indígenas como Doloaspis y Petisis, que tenian á su lado á generales macedonios; en el Asia oriental encomendó todas las satrapías á asiáticos. Para alcanzar los servicios de los vasallos en calidad de empleados y de guerreros, se ajustó al modo de pensar de estos y organizó su monarquía conforme á las ideas entre ellos dominantes. El señor del mundo debia ser algo mas que un rey militar macedonio y que un jefe de la liga helénica: si no queria que su imperio siguiese siendo un agregado de pueblos poco coherente, debia apoyarse y dominar igualmente sobre todos ellos.

Para abrir paso á esta nueva evolucion, emprendió Alejandro la misteriosa peregrinacion al desierto á fin de visitar el santuario de Amon, á quien los griegos tenian por oráculo infalible. El rey guardó silencio acerca de lo que el dios le habia dicho, pero fomentó la version de que el sacerdote le habia saludado como hijo de Amon. Con ello los sacerdotes no hacian mas que reconocer al rey como soberano de Egipto, pues que desde muy antiguo el Faraon era un hijo de los dioses y aun un dios; mas este hecho de ver elevado al rey hasta el círculo de los héroes y de los dioses produjo extraordinario efecto entre los griegos: el misterio semi-místico de que intencionadamente habia rodeado Alejandro su expedicion fué la base de su situacion y de la de sus sucesores dentro del Estado, situacion que de ellos tomaron mas adelante los Césares. No es este el lugar á propósito para examinar hasta qué punto tal situacion fué preparada y facilitada por el desenvolvimiento de las ideas religiosas griegas.

A Alejandro debe, como es sabido, el Egipto la fundacion de Alejandría; no cabe asegurar de una manera fija si este soberano sospechó el brillante porvenir que á su creacion estaba destinado, pero es innegable que con certera y clara mirada comprendió cuál era el único punto de la costa egipcia que ofrecia un buen puerto y que podia desarrollar de una manera muy distinta que Naucratis, situada en medio del delta, las comunicaciones y el comercio entre el Egipto y Grecia.

El imperio macedónico se desmoronó á la muerte de su fundador (junio de 323) acabando por fraccionarse, despues de 40 años de lucha, en muchos Estados independientes cuyos fundadores fueron antiguos generales del gran rey. Egipto fué primero una satrapía y despues, desde 306, el reino de Tolomeo, hijo de Lago. El valle bajo del Nilo fué nuevamente asiento, por espacio de tres siglos, de una monarquía esplendorosa, comenzando por ser bajo inteligentes soberanos

el Estado mas floreciente, rico y poderoso del mundo y acabando por convertirse, durante la dominacion de sus impíos y depravados descendientes, en reino ignominiosamente impotente, desgarrado por guerras civiles, que solo debió su existencia al favor de Roma, hasta que desapareció envuelto en las luchas intestinas de los romanos. Este reino de los Tolomeos no pertenece, sin embargo, á la historia del antiguo Egipto, sino á la del período macedónico-helénico (1).

Los Tolomeos son los herederos de Psammético. Lo que empezó á brotar tres siglos antes, llegaba entonces al estado de completa madurez. El fundamento de su poderío eran las tropas compuestas de macedonios, griegos y galos, la poderosa escuadra, el comercio y las riquezas; sus intereses políticos alcanzaban á todas las costas del Mediterráneo y las costas del mar Rojo se abrieron á ellos mas de lo que lo habian estado hasta entonces, dándose origen á un comercio directo con la India. Así como la vigésima sexta dinastía residió en Sais, los Tolomeos fijaron su residencia en Alejandría, en la frontera extrema del valle del Nilo, mas fuera que dentro de Egipto; su capital era una ciudad universal, centro de la ciencia y de la civilizacion griegas, que poco tuvo que ver con Egipto á pesar de hallarse establecidos en ella muchos egipcios junto á los griegos, macedonios y judíos. Los Tolomeos solo atendieron al Egipto en cuanto lo consideraban como el mas importante de sus dominios.

El Estado de los Tolomeos fué una creacion eminentemente artificial, mas aun que el de los saftas, pero por esta razon misma fué mas artístico y fuerte que éste, pues los Tolomeos estaban libres del peligro del poderoso enemigo asiático que continuamente habia amenazado á los soberanos de Sais y además se consideraban muy superiores á los Selúcidas de Siria y á los Antígono de Macedonia, porque solo ellos podian disponer de todos los medios que ofrecia su imperio, al paso que estos no habian podido nunca hacer de sus Estados un conjunto perfectamente redondeado. Los extranjeros, que en tiempo de los saftas habian sido servidores, eran á la sazón los señores del país y formaban un solo haz con la dinastía reinante; ésta se encontraba por todas partes rodeada de los intereses morales y materiales de la época helénica y supo envolver la política exterior en un artístico tejido cuyas mallas los Tolomeos conservaron en sus manos, hasta que los propios directores de la obra perdieron su vigor y con él la aptitud para llevarla adelante.

En Egipto, nacion cerrada y plenamente convencida de su propio modo de ser, no habia que pensar en una fusion de la nacionalidad indígena con la griega, tal como los Selúcidas la realizaron en el Asia Menor y la intentaron por lo menos en el Este. Quizás Alejandro hizo alguna tentativa en este sentido dentro de su extenso imperio universal, pero es muy dudoso que tal tentativa hubiese dado ningun resultado. En tiempo de los Tolomeos, los egipcios eran los vasallos, y los griegos y macedonios los señores; todos los altos empleos de la administracion del país estaban exclusivamente desempeñados por estos y solo los mas humildes eran confiados á egipcios. Los egipcios se veían excluidos del servicio militar, excepto en los casos muy apurados (2), pero en cambio utilizábase sus servicios en la escuadra (3); por consiguiente no hay que decir que ninguna influencia tuvie-

(1) El conocimiento exacto del estado interior del reino de los Tolomeos, despues de los fundamentales trabajos de Letronne, se debe en primer lugar al sabio italiano G. Lumbroso, especialmente á sus *Recherches sur l'économie politique d'Égypte sous les Lagides*, 1870, y al francés E. Revillout (sobre todo á sus muchos artículos insertos en la *Revue égyptologique*; véase tambien: *Les décrets de Rosette et de Canope*, *Revue archéologique*, N. S. XXXIV, 1877.

(2) Polibio, V, 107.

(3) Inscripcion de Roseta, línea 17.

ron en los destinos de su país ni vieron representados sus intereses en la política. El hecho de que Tolomeo III fuese especialmente alabado por haber traído después de una expedición militar al Asia las imágenes de los dioses robadas por los persas, y el de que se reunieran cada año los sacerdotes para acumular nuevos honores sobre el jefe «de los dioses bondadosos» y sobre su familia, no fueron más que simples comedias.

Pero de todos modos los Tolomeos, mientras gobernaron prudentemente, procuraron captarse la benevolencia de la población indígena, y el granjearse sus simpatías fué para el primer Tolomeo una cuestión vital en las primeras décadas, tan fecundas en luchas. Por eso se respetaron las ideas y las costumbres de los egipcios, conservándose la ficción de que subsistía el imperio de Ra; para los egipcios el rey Tolomeo era el Faraon, y en todas las inscripciones dábansele todos los títulos que al portador de la doble corona correspondían, por más que para el soberano fuesen ininteligibles las altisonantes frases á pesar de hacérselas traducir al griego. El sacerdocio continuó en posesión de sus honores y privilegios; esto no obstante no pudo reconquistar la exención de impuestos de que antes disfrutaba y hubo de ver muy mermadas las rentas que de la caja del Estado percibía. Los Tolomeos, como Alejandro, dedicaron su atención á ensanchar algunos templos ya existentes, el de Karnak, por ejemplo, y á construir otros nuevos, datando de su tiempo los santuarios más bellos y mejor conservados, tales como los de Filé, —exceptuando la parte construida por Nectanebo, —Edfú, Ombos, Hermonthis y el de Der-el-Medine en Tebas, y algunos monumentos de Menfis, Tanis, Pithom, Mendes y otras ciudades: la construcción del templo de Dendera fué comenzada en tiempo de los últimos Tolomeos. Los animales sagrados, en especial el Apis de Menfis y el macho cabrío de Mendes, fueron objeto de grandes atenciones; los dioses egipcios más ilustres tuvieron entrada en el Panteon griego, sobre todo aquellos que recibían veneración universal, como Isis, Osiris, Anubis y Horo, éste especialmente en su forma juvenil, es decir, como Harpócrates. Además, el primer Tolomeo tomó de la religión egipcia el nuevo dios que la nueva ciudad exigía y que podía igualmente ser adorado por todos los súbditos. Este dios fué Osiris Apis ó Sarapis (Serapis), como los griegos le denominan, y su aparición estuvo desde un principio envuelta en la mística oscuridad propia de la leyenda. Cuéntase que á consecuencia de un sueño, el rey hizo arrebatarse de Sinope, en el Ponto, el gran dios Zeus-Hades, que fué introducido en Alejandría con asistencia de teólogos griegos y egipcios —entre estos últimos figuraba Manethon de Sebennyto, el historiador— y reconocido como Sarapis. Es probable que esta narración mística tenga en parte por fundamento una colección de leyendas y nombres egipcios. En la capital del reino, en Kanopos, en Menfis y en otras ciudades se construyeron templos en honor de Sarapis, cuyo culto se extendió por todo el mundo griego. El nuevo dios participó de una manera en extremo característica de la doble situación del rey, pues fué para los egipcios el buey Apis convertido en Osiris y para los griegos la suprema divinidad del mundo, en cuya personalidad se juntaban el dios del cielo Zeus, el dios del sol Helios, y Hades, el señor de los infiernos. La posterior teología greco-egipcia, tal como se desarrolló en Alejandría, está enlazada con este dios que propiamente no es egipcio y que fué considerado siempre por los griegos como compendio de los supremos misterios de Egipto y al propio tiempo como identificación de Osiris (1). Sa-

(1) Es característico desde este punto de vista el hecho de que un fenicio llamado Abd'osir, «siervo de Osiris», traducía su nombre al griego por Sarapion.

rapis fué tenido por el más poderoso y milagroso de los dioses; él hacía portentosas curaciones y descubría el porvenir por medio de sueños: su culto iba unido á multitud de ceremonias misteriosas. Era costumbre entre los hombres, así egipcios como griegos, que querían llegar á conseguir especial santidad ó pureza, encerrarse para honrar al dios en una celda en el distrito del templo de Menfis y no salir de ella nunca más. De esta práctica salió en el siglo IV el monacato cristiano (2).

Por espacio de un siglo disfrutó el reino de los Tolomeos de floreciente bienestar y de orden permanente, pero á la muerte del tercer Tolomeo (221), comenzó la decadencia. Tolomeo IV Filopator fué un déspota inepto y sin conciencia, entregado por completo á los placeres, que no estaba en condiciones de continuar la política seguida por sus antecesores ni de conservar el poder ni siquiera de aprovechar la victoria obtenida en ocasión de rechazar los ataques de Antíoco el Grande. En el interior, el favoritismo y las disipaciones de la corte trajeron consigo depredaciones y violencias de la peor especie. El reino de los Lágidas se desquiciaba por todas partes. A la muerte de Tolomeo IV (204) la plebe de Alejandría asesinó, en sangrienta sedición, á sus favoritos, y los reyes de Macedonia y de Siria cayeron sobre el hijo del difunto monarca, que estaba todavía en la menor edad, para repartirse su reino. Los mismos egipcios se amotinaron también. Tolomeo Filopator les había puesto las armas en la mano llamándolos en gran número al servicio militar con motivo de las luchas sostenidas contra Antíoco. Antes de morir el soberano, ya la rebelión estalló en todas partes: la clase de los guerreros se levantaba contra los extranjeros dominantes. En Tebas encontramos todavía —y esta es la última vez — Faraones indígenas, quizás de procedencia etiópica, tales como Harmachut (Harmachis) y Anchemchut, que gobernaron entre los dos por espacio de diez y nueve años. Del mismo modo en el delta se sublevaron por todos lados dinastías indígenas. Pero también esta vez la causa nacional sufrió, según parece, las consecuencias de la desunión de sus jefes; así es que solo después de muchas luchas y de grandes pérdidas y gracias á la protección de Roma, á la cual se ofreció la tutela del rey menor de edad, pudieron los ministros de Tolomeo V salvar el reino de los Lágidas. Las guarniciones del Asia Menor se pasaron á Filipo de Macedonia, y Celesiria y Palestina cayeron en poder de Antíoco el Grande. Firmada la paz con éste (198 antes de J. C.), pudieron ser atacados seriamente los rebeldes del delta, cuya principal fortaleza, Lycópolis, junto á Busiris, fué tomada, aplicándose un terrible castigo á los prisioneros incluso los dinastas, que se habían confiado á la gracia del rey. Al propio tiempo, el gobierno procuró captarse las simpatías de los egipcios refractarios por medio de atenciones y de halagos: el joven rey fué solemnemente coronado en Menfis; los sacerdotes obtuvieron muchos privilegios y presentes; se concedió una amplia amnistía y se perdonó y restituyó sus bienes á los rebeldes de la clase guerrera y al resto del pueblo á cambio de su sumisión. Agradecidos los sacerdotes, congregados en Menfis para la coronación, publicaron el decreto de honores que la piedra de Roseta nos ha conservado (marzo de 196). Esto no obstante, diez años transcurrieron todavía hasta que la rebelión quedó completamente sofocada y Tebas reconquistada (186); los últimos caudillos rebeldes fueron cruelmente ejecutados.

Un siglo después, en una época en que el reino de los Tolomeos había decaído aun más, á consecuencia de las no interrumpidas luchas de familia, sublevóse nuevamente Tebas,

(2) Véase la excelente obra de H. Weingarten: *El origen del monacato*, 1877.

defendiéndose por espacio de tres años de los ataques de Tolomeo Soter II, hasta que al fin fué tomada y completamente saqueada y devastada (85 antes de J. C.) La que en otro tiempo fué la más hermosa ciudad del mundo no pudo reponerse de este último desastre, de modo que cuando Estrabon la visitó en el año 24 antes de J. C. solo halló en el sitio que había ocupado ruinas y pobres aldeas.

Sabido es el fin que tuvo el reino de los Tolomeos: los romanos eran realmente desde hacía mucho tiempo los señores del país cuando Augusto, después de haber vencido á Antonio y á Cleopatra, se encargó de la administración de Egipto, el cual, desde entonces, vino á ser una parte integrante del imperio romano, si bien conservó una situación excepcional, pues solo estuvo sometido al emperador, no teniendo el Senado intervención alguna en su administración. Pocas modificaciones introdujeron los césares en su organización interna, siendo la más profunda de ellas la supresión del rey y de su corte. De esta suerte arrastró Egipto por espacio de algunos siglos la ficticia existencia de un Estado nacional y los nombres de todos los emperadores romanos fueron inscritos como los de los Tolomeos en las paredes de los templos egipcios, adornados con todos los títulos de los Faraones. Ya se comprenderá que apenas cedieron á sus antecesores en punto al cuidado de la religión; ellos terminaron el templo de Dendera y algunos otros edificios. El templo de Hathor de Esné (Latópolis, en el Alto Egipto), el último de los santuarios egipcios, fué comenzado en tiempo de Claudio y en su construcción se ocuparon todos los sucesores de éste hasta Decio (249-251 después de J. C.), aunque algunos de ellos no imprimieron gran impulso á las obras.

La anexión de Egipto llevada á cabo por los romanos después de largos años de gobierno monstruoso, significó para aquel país el restablecimiento del orden; á pesar de los elevados tributos que los romanos impusieron, renació la prosperidad, y si bien Alejandría perdió algo de su esplendor, la importancia comercial de Egipto fué en aumento, alcanzando entonces su completo desarrollo el comercio sud arábigo y el indio, entre otros. Poco trabajo costó á los romanos mantener la tranquilidad en Egipto, pues la población hacia mucho tiempo que había perdido la costumbre de manejar las armas. Ya hemos hablado antes de las guerras fronterizas del Sur: de cuando en cuando estalló algún movimiento como el que se produjo en la Tebaida á causa de las contribuciones y que hubo de ser sofocado por el primer gobernador de Heroópolis (en Pithom). La inquieta plebe de Alejandría dió mucho que hacer á los romanos, lo propio que los pastores de bueyes de los pantanos del delta, difícilmente accesibles, que solo de mala gana se sometieron al orden político y no querían abandonar su existencia de salteadores. En el Alto Egipto las rivalidades entre los distintos santuarios eran causa de verdaderas guerras entre los distritos, en las cuales corría la sangre á torrentes por ambas partes; el fanatismo religioso celebraba salvajes orgías á las cuales puso término el gobierno. Pero ninguno de estos acontecimientos tuvo verdadera importancia.

No es de nuestra incumbencia describir, ni siquiera á grandes rasgos, el papel que el reino de los Lágidas representó en la historia de la civilización helénica, en la cultura universal, en la ciencia y el arte y también, y no en escasas proporciones, en el desenvolvimiento filosófico y religioso del mundo occidental. Este papel corresponde á Alejandría, pues si bien en todas aquellas materias figuraron, ora fomentándolas, ora dificultándolas, varios elementos egipcios —según ya hemos visto antes— el Egipto propiamente dicho apenas intervino en estos movimientos. El idioma griego propagóse extraordinariamente por el valle del Nilo como lengua oficial del reino tolméico y después del imperio romano. Los hombres que

como funcionarios ó por sus negocios tenían que intervenir con los extranjeros fueron poco á poco adoptando el traje, los utensilios domésticos y algunas costumbres de estos. Formóse también un arte mezcla de griego y de egipcio que aparece en los enseres caseros, en las imágenes de los dioses, en los retratos, etc., y en la misma arquitectura de los templos de tiempos posteriores. En las estatuas de los reyes y de las reinas parece haber ejercido asimismo cierta influencia el arte griego. Algunos sacerdotes egipcios como Manethon de Sebennyto procuraron familiarizarse con la civilización griega é introducir en ella un conocimiento exacto de Egipto, de su historia y de su religión. Varios elementos extranjeros, como las ideas de la astrología babilónica, que poco á poco iba penetrando en el Occidente y que precisamente en Egipto había encontrado eruditos discípulos, y aun varias palabras griegas, se introdujeron en los mismos jeroglíficos de las paredes de los templos.

Esto no obstante, la antigua cultura egipcia permaneció intacta en medio de la nueva vida que todo lo animaba: la influencia griega sobre el egiptismo propiamente dicho fué mucho menor que sobre el judaísmo, á pesar de ser éste completamente exclusivista y fundamentalmente opuesto á todo lo extranjero, y en modo alguno puede ser comparada con el influjo que actualmente ejerce sobre los pueblos islamitas la civilización occidental, por muy superficial que este influjo sea. La masa del pueblo conservó incólumes su idioma, sus ideas y sus costumbres; el demótico produjo entonces una literatura bastante vasta de la que han llegado hasta nosotros algunos restos, tales como historias mágicas, fábulas, colecciones de preceptos de conducta, á que tan aficionados eran los egipcios, y una obra voluminosa que en forma de diálogo entre un chacal y un gato trata de cuestiones de una filosofía mística teológica. No se ha averiguado aun exactamente qué influencia ejerció en esta esfera la literatura griega, ignorándose, por ejemplo, si las fábulas egipcias son traducción de las de Esopo ó si, lo cual es más probable, estas últimas fueron llevadas á Grecia desde Egipto, presentándose luego por casualidad revestidas de un traje posterior demótico.

Mientras en las esferas populares se observaba siempre cierto movimiento, el antiguo egiptismo proseguía su vida de sueño, como se manifiesta en la religión, apareciendo como la sombra del imperio de los Faraones. Los sacerdotes recitaban un año y otro año sus oraciones, celebraban sus ceremonias y ensalzaban á la divinidad de su patria presentándola como el más poderoso señor del mundo. En las innumerables inscripciones de las paredes de los templos reproducíanse una y mil veces las fórmulas místico-místicas desde hacía tanto tiempo faltas de sentido é ininteligibles; el caos de usos y ceremonias tan abundantes como absurdos era objeto de minuciosas descripciones, y con todos los detalles, sin olvidar el año y el día, narrábanse los milagros y las guerras realizados y dirigidas por los dioses en aquellos tiempos en que dominaban en la tierra, ejercían la magia y formulaban recetas y conjuros. Aun cuando la masa del pueblo creía que de todo ello



Bekachus, abogado de Tanis (en 150 después de J. C.) Estatua-retrato romano egipcia (según Petrie: *Tanis*, I).